

tratar con ellos por mediación del duque de Milán. Desde entonces los vínculos que unían la Helvecia al Imperio fueron rotos por aquellas victorias, así como las primeras la habían emancipado del yugo de la casa de Austria. Con el objeto de completar los suizos su libertad, se unieron a la Francia, á la cual proporcionaron tropas.

Ya Federico III había conocido la necesidad de dar una regla al Imperio, la que se efectuó en tiempo de Maximiliano. La dieta de Worms le presentó tres proyectos: el primero, de una paz pública; el segundo de una cámara imperial, tribunal supremo de justicia, y el tercero de un consejo de gobierno, llamado regencia del imperio (1495). Conforme al primer proyecto, se publicó la *paz perpetua*, prohibiendo todo desafío, bajo pena de ser desterrado del Imperio, pagar 2.000 marcos de oro, y perder además los derechos, privilegios, feudos y créditos en todo el Imperio; y amenazando con las mismas penas á todo el que protegiera ó diera asilo á un perturbador de la tranquilidad pública, debiendo comparecer todos ante los tribunales y aguardar su decisión.

También se instituyó la cámara imperial compuesta de un juez, un príncipe, un conde ó un baron eclesiástico ó seglar y diez y seis asesores; de los cuales ocho por lo menos eran caballeros, y ocho doctores nombrados por el emperador, á propuesta de los Estados; debía sentenciar en primera instancia y á pluralidad de votos, según el derecho común, sobre las diferencias de los miembros inmediatos del Imperio, sin restringir la jurisdicción de los Estados sobre sus súbditos, estableciéndose en Francfort, y el emperador consintió en que la sentencia de destierro se pronunciase por ella. De esta manera en el tribunal del imperio una parte pertenecía á la ciencia y otra á la elección.

Pareció al príncipe que el tercer proyecto vulneraba los privilegios reales; pero cuando, en ocasión de una nueva necesidad de subsidios para la guerra de Italia, fué propuesto otra vez por los Estados, Maximiliano consintió en la creación del consejo de regencia, para velar sobre la cámara imperial y la ejecución de sus decretos relativos á la paz pública; deliberar sobre lo que anteriormente se hubiese sometido á la dieta; convocar, en los casos extraordinarios, al emperador, seis

electores, y doce príncipes eclesiásticos y seculares. Estaba compuesta de veinte miembros, un elector, un príncipe eclesiástico y otro secular, cinco consejeros nombrados por los electores, un conde, un prelado, dos diputados de las ciudades, uno de los Estados de Austria y otro de los de Borgoña. Los otros seis miembros eran elegidos por el Imperio dividido en seis círculos, á saber: la Franconia, la Baviera, la Suabia, el Alto Rin, el Bajo Rin con la Westfalia y la Sajonia.

Esperaba el emperador que le sería más fácil dirigir á veinte señores que á ciento; pero los descontentos no tardaron en nacer: los Estados no representados en el consejo se quejaron; se negó el impuesto establecido para mantenimiento de sus miembros; fué pues disuelto, y desde el año 1502 no hubo ya consejo de regencia ni cámara imperial.

Habiéndose considerablemente extendido los Estados hereditarios, Maximiliano había instituido un consejo áulico para distribuir la justicia suprema, y emitir su parecer en los casos de gracia y administración. A veces le consultaba también sobre los asuntos generales de la Alemania, y se le presentaban las diferencias que acaecían entre los Estados del Imperio, y las apelaciones hechas por los súbditos de los príncipes. Con el trascurso de los tiempos este consejo llegó á ser poco á poco la corte suprema del imperio, en oposición á la cámara imperial, y ocupado enteramente en sostener las prerogativas reales.

Con objeto de dar mejor organización al imperio (1512), se distribuyó después en diez círculos, agregando á los cinco que existían anteriormente, el círculo electoral del Rin, que comprendía los tres electores eclesiásticos y el elector palatino; el círculo de la Alta Sajonia, es decir los electores de Sajonia y de Brandeburgo, con los duques de Sajonia, Pomerania, Mecklenburgo, y los príncipes de Anhalt; la Baja Sajonia, es decir, el antiguo círculo de Sajonia; en fin, las posesiones hereditarias del emperador y las del rey de España constituyeron los círculos de Austria y Borgoña; la Prusia y la Bohemia quedaron fuera de esta repartición geográfica. Cada círculo tuvo un capitán y algunos consejeros, para velar por la paz pública y ejecutar las sentencias de la cámara Imperial.

CAPÍTULO II

ITALIA. — SAVONAROLA.

La Italia, sobre la cual todos los extranjeros dirigían miradas de envidia, se convirtió en el campo de batalla de las ambiciones y de los intereses; y los movimientos de toda la política europea recibieron de ella su secreto impulso (1). Había caminado allí la civilización á pasos de gigante; y así como los extranjeros acudían devotamente en peregrinación al solio de los apóstoles, también iban á buscar allí inspiraciones, ejemplos, ardor en las indagaciones literarias, libertad en las discusiones, experiencia en las franquicias políticas, y volvían á ilustrar á su patria con las luces de que la Italia era el foco. El amor á las letras era reputado un deber de los príncipes; Cosme, padre de la patria, tenía cuarenta y cinco copistas para proveer de libros su biblioteca, y Lorenzo de Médicis reunía lo selecto de los sábios, hacia cantar por la calle versos que componía, organizaba las mascaradas, y se mostraba verdaderamente *magnífico* en toda su conducta. Reclamaba el rey de Nápoles, por premio de su reconciliación con él, un hermoso manuscrito de Tito Livio. Federico, duque de Urbino, contaba en Florencia y otros puntos cuarenta amanuenses y gastó sólo en copias 30.000 ducados. Francisco Esforcia enviaba á Toscana personas con encargo de comprar para él cuantos libros lo mereciesen, y de reunir todos los escrito-

res posibles. Véanse los fugitivos griegos encargados á la vez de la educación de los príncipes, de las misiones diplomáticas y de la conclusión de los tratados. La corte de Luis el Moro reunía los talentos de la más elevada categoría, el arquitecto Bramante, el músico Franchino Gaffuri, el matemático Lucas Paciolo, Gabriel Pirovano y Ambrosio Varese, médicos y astrólogos, el gran pintor Leonardo de Vinci, los literatos Demetrio Calcondila, Jorge y Julio Merula, Alejandro Minuciano, Julio Emilio Ferrari, Donato Bossi, historiador y jurisconsulto; Pontico Virunio, erudito y hombre de Estado: todos entonaban á porfía alabanzas en favor de aquel príncipe; el florentino Bernardo Bellincioni era su poeta laureado; Bernardino Corio y Tristan Calco, sus historiadores. Andres Cornazzano cantaba en tercetos el arte militar; Bartolomé Calchi, Tomás Piatti y Jacobo Anticuario favorecían las letras, rivalizando con su señor que fundó la universidad de Pavia, y no pasaba un día sin hacerse leer alguna obra de historia.

La menor ocasión proporcionaba un motivo á fiestas y ceremonias, en las que se desplegaban á la vez el lujo y el buen gusto; el estudio de la antigüedad pulía el estilo y embellecía los edificios, sin sujetarlos á una imitación servil.

Ricos, ocupados en las artes, en las industrias y en el comercio, los italianos no tenían tiempo ni deseo de hacerse soldados, y preferían comprarlos como género de la Arabia y de la India gente sin moralidad porque se batía por oficio, y cuya bajeza contribuía á envilecer cada vez más la carrera de las armas. Sólo algunos pequeños señores continuaban dedicándose á ella, como noble ejercicio de mando. Resultaba de esto que la guerra no se hacía con encarnizamiento, admitía ciertas cortesías y tenía gran cuidado en evitar la efusión de sangre. De esta manera se prolongaban

(1) Los historiadores de aquella época son los grandes escritores italianos: Guicciardini, Varchi, Escipion Ammirato, Jacobo Nardi, Maquiavelo, Pablo Jove y Pedro Bembo, etc. La expedición francesa está admirablemente contada por Felipe de Comines, edición de la *Sociedad de la historia de Francia*, París, Renouard, 1840 y 1843. Entre la correspondencia literaria, relaciones de embajadores, etc. cuyo número é importancia aumentan, las de Maquiavelo son capitales.

las hostilidades, en las que el oro sólo estaba en juego, y la mejor probabilidad de parte del más rico ó del más péfido, sin que la victoria dejase al vencido aniquilado, y fuera de estado de reponerse por la astucia. Las inevitables turbulencias de los municipios habian puesto las cosas en esta alternativa, ó los nobles elegian á uno de ellos, que, reuniéndolos, les aseguraba el medio de oprimir al pueblo; ó el pueblo confiaba á alguno sus plenos poderes, con el objeto de evitar la opresion. Ahora bien, como es más fácil contentar al que no quiere ser oprimido que á los que desean oprimir, los pequeños tiranos se mostraban favorables al pueblo y le tomaban bajo su proteccion, impidiendo los actos abusivos de los demás, con el único objeto de abusar ellos mismos con más libertad.

Así era, que las continuas tareas de cada gobierno se reducian á reprimir á los feudatarios y elevar á los ciudadanos, con el objeto de obtener en la igualdad la centralizacion de poderes que da la fuerza; conociendo que «ninguna provincia está unida ni feliz, sino bajo la obediencia de un príncipe ó de una república, como ha sucedido á la Francia y á la España.» (2)

Pero esta nobleza no estaba constituida de una misma manera en los diversos países de la Italia. En Lombardia y en Toscana, los feudatarios subyugados por la república, habian ido á establecerse en las ciudades, donde se entregaban al cultivo de las artes y á las intrigas políticas. Conservaban por el contrario, una funesta vitalidad en la Romaña y en el reino de Nápoles, que agitaban con ambiciosos proyectos y guerras privadas, ó traficaban con su valor; y este brillo que la voluntad caballeresca habia esparcido sobre ellos se perdía en un servicio estipendiado. Aun en los dos primeros países, los nobles no estaban con el pueblo bajo un pié de comunidad: tenian una jurisdiccion diferente y no eran admitidos en los empleos; pero poderosos por su union, trataban de abatir á la clase media, que á su vez los mantenía en respeto por los gremios; de modo que unos y otros se oponian, no la igualdad, sino los privilegios concedidos ó usurpados: y como la máquina del Estado se apoyaba, no en la concordia, sino en la lucha de los intereses particulares, era imposible constituir bien una república. De aquí un movimiento continuo de báscula, y «reformas hechas, no para el bien comun, sino para fortalecer y dar seguridad á un partido. Ahora bien, esta seguridad no se ha encontrado aun, porque siempre hay un partido descontento, que es un instrumento enérgico para los que aspiran á un cambio.» (3)

Semejante estado de cosas habia impedido que se formase una opinion general y unánime en el país; condicion indispensable para llegar á la unidad nacional, sea bajo una monarquía, ó bajo

(2) MAQUIAVELO, *Discursos*, I, 12.

(3) MAQUIAVELO, *Della riforma di Firenze*.

una confederacion. Los cuatro Estados principales, hostiles entre sí, no tenian bastante vigor propio para vencerse mutuamente por la fuerza. Las repúblicas no podian tener sobre las armas bastantes ciudadanos; y desconfiando de los feudatarios de su territorio y de los príncipes de sus cercanías, se veian precisados á servirse de ellos por sus costumbres militares. Oponíase un triple obstáculo al engrandecimiento de los príncipes, y éste era los barones, el pueblo y las pequeñas señorías, que insuficientes para dominar, bastaban para poner trabas. De todo esto resultaban luchas y perfidias.

Cuando acaeció la muerte de Lorenzo el Magnífico, el sistema de equilibrio, que duraba hacia mucho tiempo, degeneró en egoísmo y en astucia. La política fué el arte de llegar al poder, y conservarse en él por todos los medios, sin la menor idea generosa. Se creía entonces comunmente, que saber engañar era el medio racional de vencer, así como para los beduinos el de robar, y para los romanos el tener esclavos y gladiadores. Error de costumbre y de raciocinio más bien que perversidad de corazón, en atencion á que personajes de noble carácter, creían entonces que podian permitirse la perfidia; que el título de grande se adjudicaba al hombre más astuto, y no al más valiente; que habia vergüenza en ser derrotado y no en vencer, cualquiera que fuera el medio. Hemos visto proceder de esta manera á Luis XI, á Enrique VII y á Fernando de Castilla; pero la Italia, centro de las negociaciones, ofrecía además grandes ejemplos y ocasiones más frecuentes de aquella política, cuya invencion se le atribuyó y de la que fué víctima.

No hubieran, sin embargo, empeorado las cosas si los extranjeros no se hubiesen mezclado. En efecto, el ardor francés, la ferocidad española, el valor alemán, desconcertaron aquel Estado artificial; al unirse los grandes planetas, arrastraron en su torbellino, como á satélites, á los pequeños Estados italianos. Las milicias ciudadanas fueron reemplazadas por los suizos borrachos y toscos, por los españoles rapaces, y por los franceses disolutos; á las guerras llenas de cortesania, sucedieron la violacion de todas las leyes de la hospitalidad, de la decencia, y hasta del amor, y se entregaron á una crueldad insensata, no con determinado objeto y sobre personas eminentes, sino sobre todos, y únicamente con el diabólico pensamiento de atormentar, destruir y mostrarse superiores en fuerza á aquellos en quienes no podian llegar á extinguir la vida del corazón y del alma.

Algunas de las antiguas repúblicas existían aun, pero Florencia habia aprendido á obedecer á los Médicis, que la debilitaban embelleciéndola; Luca y Siena estaban reducidas á la oligarquía; Bolonia, bajo la dependencia de los Bentivoglios; Génova no conocía de la libertad más que el trabajo de tener que buscar siempre un nuevo señor; Milan habia caído desde el estado de república desordenada, en el de monarquía absoluta, y pronto ve-

remos la ambicion de Luis el Moro causar una deplorable invasion del extranjero. Avasallada Venecia á sus nobles, era uno de los gobiernos más fuertes de Europa, admirada por los políticos de entonces, como lo es en el día la Inglaterra; era temida dentro y fuera de Italia, protegida por la elevada opinion que se tenia de su riqueza y de su prudencia, de tal manera, que su alianza con una potencia, era reputada por buen augurio (4). No es verdad que el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza produjese la ruina de los venecianos: fueron, por el contrario, más ricos que nunca en el siglo XVI; y Serra decia aun en 1600, que todas las procedencias de Asia (quería hablar de Levante) pasaban por aquella ciudad. Las comunicaciones que usaba el comercio, no se abandonaron sino lentamente, y Venecia no perdió su categoría sino en el momento en que se comenzó á hacer directamente el comercio de Marsella con Levante. Si hubiera persistido, pues, en su naturaleza de potencia marítima, hubiera podido luchar con las nuevas, y asegurar su dominacion en el Adriático. Pero mientras que la España y el Portugal se lanzaban por vias desconocidas hasta entonces, ella se obstinaba en seguir las antiguas, procuraba poner trabas á sus rivales con maniobras inconducentes, en lugar de adelantarlos por su actividad; y cuando hubiera podido entenderse bajo buenas condiciones con el Egipto, y asegurarse el paso de Suez, proporcionaba ingenieros y cañones á los indios para rechazar á los portugueses y á los españoles. Materializándose de este modo, ganaba en astucia lo que perdía en fuerza, y dirigió su ambicion hácia la tierra firme; pero cuando se vió atacada por el Austria por una parte, y por la otra por los turcos, se arrojó sobre la Italia despertando la desconfianza de los diferentes Estados de aquella comarca.

Ocupaban los aragoneses el reino de Nápoles, que era el Estado más estenso y más débil de todos los de Italia, porque el rey era allí detestado de los pueblos y tenia que vencer mil obstáculos de los barones, cuya oposicion no habia podido sofocar sino con sangre. Ambicionaba Fernando el Católico esta corona, pero como su conquista hubiera roto el equilibrio, hubo guerras que concluyeron por atraer á la Italia á los que debían decidir de un modo funesto sus destinos.

Ya el pontífice no era el jefe de la Italia; no representaba más que al partido güelfo y la independencia nacional (5); pero ocupado de los intereses

(4) Se cree generalmente, que nombrar la señoría de Venecia equivale á decir montes de oro; y no solo imaginan que el erario público está lleno, sino tambien los cofres de los particulares, concluyendo por figurarse á toda la ciudad convertida en oro y plata. *Relac.* de JUAN CORNERO en 1569.

(5) El mismo Voltaire hace justicia á los güelfos (*Ensayo*, cap. 52): *Los güelfos, partidarios del papado, y aun*

de un reino temporal, y con frecuencia de procurar un principado á sus sobrinos, le era preciso contemporizar. Ahora bien, la autoridad religiosa perdía en sus debates con las autoridades terrestres, y era poco respetada, sobre todo en la Alta Italia (6). Es verdad que el pontífice habia estipado de Roma toda representacion municipal, oprimido á los más poderosos barones del territorio, á los Colonna y á los Orsini, reducido á los demás á secundarle en sus empresas, que conservaba siempre gran influencia en el reino de Nápoles, sobre el cual tenia pretensiones de soberanía, y que la destreza habitual de la corte pontifical en las negociaciones, le daba gran peso en la política general, de la que Roma fué aun su centro durante el curso de aquel siglo.

Alejandro VI.—A la muerte de Inocencio VIII, que se habia mezclado demasiado en las vicisitudes públicas, fomentando guerras y rivalidades, Ascanio Esforcia, descendiente de los duques de Milan, tenia grandes probabilidades en el conclave; pero viendo que no podría vencer á Julian de la Rovère, su émulo, vendió todos sus votos á Rodrigo Lenzuoli, que habia tomado el nombre de Borgia de su tío Calixto III, y fué papa, á fuerza de dinero é intrigas, bajo el nombre de Alejandro VI (11 agosto de 1492). Se habia dado ya á conocer por una destreza estremada, una sagacidad extraordinaria, y un atrevimiento que no retrocedía delante de nada de lo que le sugeria su ambicion; tenia perdida su reputacion bajo el aspecto de las costumbres, y debió ser un tiempo bien deplorable aquel en que esto no era un obstáculo para la elevacion á jefe supremo de la Iglesia. Hizo entrar con vigorosa mano en sus deberes á los barones y reprimió á los asesinos, cuya audacia habia llegado hasta tal punto, que habian perecido á sus manos doscientos veinte ciudadanos durante la última enfermedad de su predecesor. Pero otros intereses que los de la Iglesia le preocupaban; trataba de asegurar una elevada posicion á los hijos que habia tenido de la Vanozza.

Florencia. Los Médicis.—Florencia habia tenido el predominio en Toscana, destruyendo allí la existencia política de todas las demás ciudades, excepto Luca y Siena, que se sostenían, haciéndose olvidar. Sin renunciar á sus formas demócratas, se habia acostumbrado á considerar como su señora á la familia de los Médicis, que dominaba allí hacia un siglo; los capitales que los negociantes de Florencia empleaban en el extranjero habian puesto trabas esteriormente á la política, obligando al Estado á consideraciones y á inoportunas alianzas.

más de la libertad, equilibraron siempre el poder de los güelfos, partidarios del imperio; y añade cap. 66: el emperador, quería reinar en Italia sin límites y sin participacion de ninguna clase.

(6) Francisco Esforcia escribía en una carta: *Invito Petro et Paulo.*

El recuerdo de la independencia existía aun vivo en las ciudades que Florencia había avasallado, y principalmente Pisa sacudía de tiempo en tiempo sus cadenas; y con tal de sustraerse del poder de aquella, hubiera servido á extranjeros (7); ceguera perdonable solo porque no había experimentado el dominio de estos, siendo propio de los pueblos no creer sino en la experiencia. Entre tanto las facciones florentinas continuaban, y fuese motivo de ambición, ó verdadero amor á la libertad, agitaban el país. Era preciso una gran fuerza ó una gran habilidad para mantenerlos enfrenados, anonadarlos ó engañarlos. Pero á Lorenzo el Magnífico que había querido no sofocar, sino seducir la libertad, había sucedido Pedro II (1492), hombre tan robusto de cuerpo como débil de espíritu, que sobre todo trataba de formarse una reputación de destreza en el juego de la pelota, y de habilidad como improvisador, y que carecía de ambas dotes en el manejo de los negocios políticos. Olvidando que el poder de su casa era de origen popular, se aisló de los plebeyos, y con sus orgías privadas se ganó las enemistades, que se ocultaban y no se extinguían.

Savonarola, 1452-98.—Este modo de obrar animó á los descontentos, que pronto encontraron un órgano en Geronimo Savonarola. Nacido en Ferrara, de una familia noble, y sin embargo ardiente partidario del pueblo; fraile, y no obstante conocedor de los escritores políticos. Savonarola asociaba una sincera devoción á una decidida inclinación por el gobierno popular. Tomó el hábito de dominico en honra de santo Tomás; y Juan Francisco de la Mirandola nos le describe como violento para con los vicios, pero muy indulgente con los pecadores. Su tranquilidad y natural serenidad anunciaban la paz interior de que gozaba; rigurosamente pobre, renunció á lo que más amaba, á algunos libros y á cuadros. Llevaba habitualmente en la mano una pequeña calavera de marfil, para recordarse la nada de las cosas humanas, queriendo huir de la vanidad más bien que de cualquiera otro vicio; deseaba permanecer hermano lego para no ser distraído por la predicación, que era el objeto principal de su instituto. Habiendo sido, sin embargo, llamado á profesar (1475), se señaló en el convento de Bolonia

(7) Pisa trató de entregarse á Francia, bajo la condición de que ésta tendría allí un gobernador, de que no la entregaría á los florentinos, ni permitiría á éstos habitar dentro de sus muros ni gozar allí ningún privilegio, y de que recuperaría á Liorna, Puerto Pisano y el territorio. No habiendo admitido Francia estas proposiciones, acudió á España, añadiendo que las rentas pertenecerían por mitad á este país y á la ciudad de Pisa, que el gobierno español tendría allí un virrey, como en Sicilia, ó un delegado, y que los pisanos disfrutarían iguales privilegios que los súbditos de España. Los comprobantes de todo esto existen en el Archivo delle Riformazioni de Florencia, c. I, II, distr. III, número 9.

por la humildad y la penitencia, y se dedicó á estudiar en su origen la palabra de Dios. Comenzó en Brescia (1485) discurrendo sobre el Apocalipsis, mezclando en sus razonamientos algunas ideas políticas, tanto mejor sentidas, cuanto peor era el estado de Italia. Predicó después en San Marcos de Florencia, bajo un gran rosario de damasco delante de un auditorio poco numeroso, pero que se aumentó después de tal manera, que Savonarola se vió obligado á trasladarse á la catedral. Allí, bajo aquellos grandes arcos enteramente desnudos, clamó contra la vida mundana del clero, contra los desórdenes políticos y las profanaciones de los artistas, declarando que todo lo quería por el pueblo y para el pueblo.

No era estudiada su elocuencia, sino que brotaba del corazón con el impulso de las almas fuertes en las complexiones delicadas, al paso que las lágrimas se escapaban de sus ojos. Así es que se le oía algunas veces exclamar destrozado por la emoción: «No puedo más, las fuerzas me faltan. No duermas, ¡oh Señor! en esa cruz: escucha estas oraciones, *et respice in faciem Christi tui*. ¡Oh gloriosa Virgen! ¡oh santos! rogad por nosotros al Señor que no tarde más en oírnos. ¿No ves, oh Señor, que estos hombres perversos se burlan y rien de nosotros, y no dejan á sus servidores hacer el bien? Todos nos ponen en ridículo, y hemos llegado á ser el oprobio del mundo. Hemos dicho nuestra oración, ¡cuántas lágrimas se han derramado! ¡cuántos suspiros se han lanzado! ¿Qué es de tu Providencia, que es de tu bondad y fidelidad?... ¡Ay! no tardes, ¡oh Señor! á fin de que el pueblo infiel y perverso no diga: *Ubi est Deus eorum?* ¿Dónde está el Dios de los que han hecho tantas penitencias y tantos ayunos?... Considera que los malos son peores cada día y parecen en adelante incorregibles. Estiende, pues, tu mano, desplega tu poder. No puedo más, no sé que decir, no me queda más que llorar. Quiero deshacerme en lágrimas en este púlpito. No digo, Señor, que nos escuches por nuestros méritos, sino por tu bondad, por amor á tu hijo... Ten compasión de tus ovejas. ¿No las ves á todas afligidas y perseguidas? ¿No las amas, Señor? ¿No has venido á encarnar por ellas? ¿No se te ha crucificado y dado muerte por ellas? Si no soy bueno para este objeto ni para semejante obra, sepárame, Señor, quitame la vida. ¿Qué han hecho tus ovejas? No han cometido ningún mal. Yo soy el pecador; pero no tengas perdón para mis pecados, Señor, y usa una vez de tu dulzura, de tu corazón, de tus entrañas, y haznos experimentar toda tu misericordia.»

El gobierno de los Médicis, material y egoísta, sin ninguna idea generosa, no dejaba de proporcionar cebo á los ataques del fraile. Considerando la multitud á Lorenzo de Médicis como usurpador de lo que los florentinos poseían más precioso, contaba que llamado Savonarola á su lecho de muerte, le había preguntado primero si confiaba en la misericordia de Dios, después si estaba dis-

puesto á restituir los bienes ilegítimamente adquiridos (á lo que el moribundo había consentido después de titubear algun tanto); en fin, si restableciera la libertad y el gobierno popular, pero que á la negativa de Lorenzo, el fraile se había ido sin darle su bendición.

Tiempos tan desgraciados precisamente en una época en la que se mejoraba la cultura intelectual, una política subterránea de combinaciones tan tortuosas, ostentando descaradamente tanta licencia en la cátedra de san Pedro, las quejas de tantos desgraciados que los cambios de gobierno habían arrojado al destierro, esparcian por todas partes una idea de desastres, tanto más temidos, cuanto menos determinados eran. Fortificaba esta idea el religioso diciendo: «¡Desgraciados, desgraciados! ¡oh Italia! ¡oh Roma!, dice el Señor os abandonaré á un poder que os borraré del rango de las naciones. Pueblos hambrientos como leones llegan, y la mortandad será tan grande, que los sepultureros gritarán por las calles: ¿Dónde hay muertos? Y el uno llevará á su padre, el otro á su hijo. ¡Oh Roma, te lo repito, haz penitencia! ¡Oh Milan! ¡oh Venecia!» (8).

El pueblo le creía en correspondencia directa con la Divinidad, y repetía que tenía éxtasis y que conocía el porvenir. De seguro conocía el corazón del hombre y sabía que el primer instrumento de la tiranía es la corrupción de los súbditos; así era, que se esforzaba á reanimar la libertad con ayuda de la moral. «Pueblo florentino, exclamaba; me dirijo á los malos: sabed que hay un proverbio que dice: *Propter peccata veniunt adversa*; las adversidades proceden de los pecados. Vé y lee. Cuando el pueblo hebreo hacia el bien, y era amigo de Dios, todo era para él prosperidades; ¡por el contrario, cuando se entregaba á los desafueros, Dios le disponía un azote. ¿Qué has hecho, Florencia, qué has cometido? Quiero que lo digas. ¡Ay, se ha colmado la medida, y tu malicia excede los límites! Florencia, aguarda, aguarda un gran azote; porque la medida está llena. Señor eres testigo de mis esfuerzos para evitar con mis hermanos por la oración esta inundación y esta ruina. Nada queda ya que intentar; hemosuplicado al Señor convirtiéndose al menos en peste este terrible azote, tú conocerás si hemos obtenido ó no la gracia que hemos implorado.»

Excluido el pueblo de los negocios políticos por una vida activa sin duda, pero enteramente esterior, conocía la necesidad de una cosa superior. Su simpatía era concedida á aquel que dirigía sus ojos hácia el cielo, y le mostraba allí el remedio de sus males, hablándole de esperanza. Así es que acudía en tropel para oírle desde las aldeas del Apenino, antes de que las puertas de Florencia se abriesen á los primeros reflejos del alba. Escitaba la caridad, acogía y sostenía á aquellos oyentes

(8) Sermon XXI.

agrestes que escuchaban temblando al predicador. Las mujeres adoptaron un traje más decente, y reformaron sus costumbres; verificábanse grandes conversiones de tal manera, que se hubiera uno creído en los tiempos de una primitiva Iglesia (BURLAMACHI).

La corte y los amigos del placer, á quienes se les llamó *tiepidi* (tibios), trataban de ridiculizar á los que denominaban *piagnoni* (llorones); y pronto estas denominaciones designaron dos partidos opuestos en moral, en política, y hasta en artes y literatura.

En efecto, no se había escapado á Savonarola otra causa de corrupción muy grave para su patria: esta era la invasión de las ideas paganas, que, en aquel primer ardor de los estudios clásicos, se dirigía á sofocar toda buena simiente cristiana. En las academias se cambiaban los nombres de pila por los del antiguo gentilismo. En las historias se llamaba Júpiter á Cristo, á las religiones vestales; diosa, á la virgen Maria; á los cardenales, padres conscriptos, y á la Providencia, destino (9). Alusiones mitológicas manchaban las medallas y los elogios prodigados á los pontífices (10); en las escuelas se hacían admirar las fábulas mitológicas á los héroes paganos. Tibulo, Catulo, el *Arte de Amar*, se esplicaban allí, y hasta *Priapeas*. Después se pasaba á la filosofía, en la que las sutilezas de Aristóteles gozaban más crédito que las Sagradas Escrituras, y donde la sublimidad platónica degeneraba en locuras teosofistas. Los predicadores, dice Savonarola, hacen de las *futilidades de la filosofía*, y de las palabras de las Sagradas Escrituras una mezcla que venden desde

(9) Bembo llama al colegio de los cardenales *Collegium augurum*, y á la misa de difuntos, *litare diis manibus*. Dice que san Francisco *in numerum Deorum receptus est*: y de un moribundo, que se apresuró, *Deo superos manesque placare*.

(10) En tiempo de la exaltación de Alejandro VI, las inscripciones aludieron constantemente al heroico nombre:

Casare magna fuit, nunc Roma est maxima: sextus Regnant Alexander, ille vir, iste Deus.

Otra: *Opes que sunt tibi, Roma, novus fert Deus iste tibi.*

Otra: *Scit venisse suum patria grata Jovem.*

Dedicóse á Leon X el siguiente epigrama:

Olim habuit Gypris sua tempora, tempora Mavors Olim habuit; sua nunc tempora Pallas habet.

Marsilio Ficino alaba á Juan de Médicis con estas palabras: *Est homo Florentia missus á Deo, cui nomen est Joannes. Hic venit ut de summa patris sui Laurentii apud omnes auctoritate testimonium perhibeat.* (Dedicatoria de Jámblico). Y hace decir á Plotino acerca de Platon: *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi undique placeo: ipsum audite* (Proemio de Proclo). A Isota, primero dama y luego mujer de Pandolfo Malatesta, señor de Rimini, se dió en las medallas y en el sepulcro el título de *diva*; y Carlos Pinti en el epitafio la llamó:

Honor y gloria de las concubinas.

el púlpito, descuidando las cosas de Dios y de la fe (11). En fin, la pintura esponía en los altares desnudeces incitantes ó semejanzas impudentes, y los curiosos iban, en medio del santo sacrificio, á reconocer las bellezas de reputación en la ciudad.

Indignado el fraile, se pronunciaba con calor contra esta manía hacia lo pasado, que quiere hacer revivir lo que ya no existe ni debe existir. Pero hasta qué punto consiguió su objeto esta severidad en aquel siglo de pedantes, en medio de aquella literatura de imaginación y lujo entre los contemporáneos del Aretino? Como Savonarola encontraba á los ancianos duros como piedras, se dirigía á la juventud, á los niños, que querían ver amantados por sus madres; educados en el verdadero saber, pero conforme á las sociedades nuevas y al cristianismo. Era preciso, según él, tomar materiales de la antigüedad, pero bajo la condición de que el cristianismo proporcionaría la parte alta y las bases del edificio; estudiar á los grandes escritores, pero guardar en medio de ellos un lugar á los Padres de la Iglesia, sobre todo á la *Ciudad de Dios*, ó insinuar á los jóvenes la historia de los santos y de los mártires.

¿No debe admirar el encontrar, tres siglos atrás y llenos de pedantería, ideas tan verdaderas, y que aun en el día escandalizan como impertinentes novedades á los partidarios idólatras de la antigüedad?

¿Pero cuánto debía sonreír á aquella alma entusiasta, bajo el hermoso cielo de la Italia, en la ciudad madre de las artes, el pensamiento de regenerarlas, y volver á colocar la belleza en el seno del Eterno de donde se deriva! Gozó con esta alegría y vió á la juventud apiñarse en su derredor prometiéndole mejores días. Vió á aquella juventud, en otro tiempo entregada á las querellas y á la disolución; reunirse en el hogar doméstico para recitar las oraciones y el rosario; ir en cuadrilla los días de fiesta á recibir el ramo de olivo, sentarse sobre la yerba á cantar en coro himnos que había compuesto, adoptándoles música que antes servía á la frivolidad ó á la inmoralidad (12). De esta

(11) Sermon para el cuarto domingo de cuaresma.

(12) «Los referidos jóvenes tenían sus reuniones y habían elegido entre ellos oficiales, esto es, *messires*, consejeros y otros empleados, que recorrían el país á fin de extinguir el juego y los demás vicios... quitando cartas y dados, recogiendo libros de amores y noveluchas que arrojaban al fuego. Si al ir por las calles encontraban alguna de esas jóvenes, vestidas pomposamente con trajes de cola ó adornos deshonestos, la saludaban de un modo cortés y la reprendían con dulzura, diciéndole: *Noble dama, acordaos de que sois mortal y de que llegará día en que tendréis que renunciar á todas esas pompas y vanidades*, añadiendo algunas otras palabras acomodadas al objeto, de suerte que, si no por gusto, á lo menos por vergüenza dejaban gran parte de su lujo vano. Igualmente los hombres infames y viciosos, por temor de que se les acusase ó descubriese, se abstendían de muchas cosas.» *Vida de Juan de Empoli.*

manera se regeneraba la ciencia, la poesía y la música.

El Domingo de Ramos, un triunfo mayor que los de Camilo y Paulo Emilio, sucedió á los espectáculos del carnaval: representó la entrada de Jesucristo en Jerusalem. Adelantábanse primeramente ocho niños con la cruz en una mano, y el ramo de olivo en otra; detrás de ellos religiosos, después hombres de todas clases, y luego niñas vestidas de blanco y coronadas de flores. Voces infantiles repetían los cánticos sagrados; mientras que las personas piadosas derramaban lágrimas, una involuntaria emoción hacia abortar la sonrisa en los labios de los *tiepidi*.

Para hacer prosperar las artes del dibujo, proyectaba fray Gerónimo algo semejante á las logias de los francmasones. Era su intención unir á su convento una escuela donde los frailes legos se hubieran ejercitado en la pintura y escultura á la sombra del santuario. Entre tanto, estendía mejores y más severas ideas sobre la belleza, y sobre su vínculo con la virtud (13). Varios de los grandes artistas le veneraron como á su maestro y como á un santo. Una vez que le oyó Juan Pico de la Mirandola, le pareció no tener ya otra felicidad que esperar que la de volverle á oír. Admiróle Angel Policiana como un santo, como un excelente y docto predicador de la ciencia sublime; el poeta platónico Benivieni defendió energicamente sus doctrinas contra los ataques de que eran objeto. El mejor grabado de Juan de la Carniola representa las facciones del religioso, que reprodujeron también los buriles de Baldini y de Botticelli. Andrés de la Robia y sus cinco hijos proclamaron su afecto á fray Gerónimo; el gran arquitecto Cronaca *no quería hablar de otra cosa más que de él*. Lorenzo de Credi le dedicó sus cartas é inspiraciones; fray Benito, célebre en el arte de iluminar, se armó en su favor cuando supo que había caído en poder de sus enemigos (14); después, cuando sucumbió, Botticelli resolvió dejarse morir de hambre, y el pintor Baccio de la Porta se hizo fraile bajo el nombre de fray Bartolomé.

(13) «¿Pero decidme en qué consiste la belleza: en los colores? No. Pero la belleza es una forma que resulta de la proporción de todos los miembros, y de la correspondencia de los colores; de esta proporción nace una cualidad llamada belleza ó hermosura: ahora bien, esta es verdad en las cosas compuestas, pero en las simples, la belleza es la luz. Véase al sol, su belleza es tener luz; véase á Dios, su estremado esplendor es la belleza. Las criaturas son tanto más hermosas cuanto más participan y se acercan á la belleza de Dios; y el cuerpo es tanto más bello cuanto más hermosa sea el alma. Consideradas dos mujeres igualmente hermosas de cuerpo; que la una sea santa y la otra pervertida: vereis que la santa será más amada de todos que la pecadora, y todas las miradas se dirigirán á ella, hasta las de los hombres carnales.»

(14) Se ha publicado últimamente una obra suya, titulada: *Cedrus Libani*, que es una vida de san Gerónimo, en tercetos.

Animado Savonarola con el éxito de sus predicaciones, se atrevió á emprender una obra de la que no pueden juzgar los que sacrifican á la admiración clásica de las formas el culto y el sentimiento, la originalidad y la virtud. Niños iban de casa en casa en busca de los objetos de un lujo lascivo, que habían incurrido en la reprobación del predicador, y que designaban con el nombre de *anatemas*, y pronto vieron amontonarse en la plaza canciones amorosas, cuadros y grabados deshonestos, naipes, dados, adornos femeninos, bufonadas obscenas de Boccaccio y de Pulci (15); prendióseles fuego en medio de la ciudad de las bellas artes, de la alegre vida, de la poesía indiferente, del placer sensual, en la patria de Firenzuola: asistió el pueblo á aquel espectáculo, y entonó el *Te Deum*.

Declaró también Savonarola la guerra á aquella sed pagana de ganancia, con la idea que tenía de reformar todas las depravaciones. Elevó la voz en favor de los pobres dentro de aquellos muros donde los bancos estaban tan florecientes, y enriquecían á los usureros; hizo establecer montes de piedad, y predicó una constitución política que hubiera arrebatado á los grandes capitalistas el ilimitado poder de que habían gozado hasta entonces, querían en fin restablecer el gobierno popular y el justo equilibrio entre los dos poderes secular y eclesiástico.

Respetuoso para con éste, no estaba ciego hasta el punto de no ver los abusos, y cuán dañosa eran la ignorancia y las costumbres desarregladas del clero. Así era que le hacía un cargo de sus vicios, gritándole que se enmendara, con la libertad á que nunca puso obstáculo la Iglesia antes de la época de la reforma. «Escribió á los príncipes cristianos que la Iglesia caminaba á su ruina, y que les era en su consecuencia preciso pedir un concilio en el que quería probar que la Iglesia de Dios no tenía jefe, no siendo un verdadero pontífice, ni digno de su rango, ni siquiera cristiano, el que ocupaba la silla entonces (BERLAMACHI).»

¿Pero cuándo los poderosos y perversos han prestado oído á la voz que les reprende? Los *tiepidi* continuaban contrariando á los *piagnoni*, y burlándose del fraile reformador. Falsos devotos presentaban contra él quejas en Roma; y el fraile Marino, predicando un día delante de Alejandro VI, se olvidó hasta exclamar: «¡Quema, quema, santo padre, al instrumento del diablo; quema,

(15) Un historiador actual de la literatura italiana, nos refiere con pasión que se quemó hasta un cancionero del PETRARCA, adornado de oro y miniaturas que valía 50 escudos. «Finalmente (añade) llegó la hora fatal para el que sembraba tantos escándalos en su patria y las sombras de Petrarca y de Boccaccio fueron vengadas.»

digo, el escándalo de toda la Iglesia!» Informado Savonarola de aquel ataque, se expresó de esta manera predicando en la catedral: «¡Dios te perdone! él te castigará, y pronto se conocerá cuál de nosotros dos ataca á los Estados y á las instituciones temporales.» En efecto, no se tardó en descubrir que fray Marino intrigaba en favor de los opresores.

De esta manera se sostuvo por espacio de siete años el entusiasmo en favor del religioso, al paso que Roma le amenazaba con la excomunión y la horca. Savonarola decía: «Entré en el claustro para aprender á sufrir; los padecimientos han venido á visitarme y los he estudiado; y me han enseñado á amar y perdonar siempre (16).

(16) Damos la siguiente carta, escogida entre algunas suyas que han sido halladas recientemente:

A fray Domingo Buonvicini de Pescia.

«Amadísimo hermano en Jesucristo. Paz y alegría en el Espíritu Santo. Nuestras cosas van bien; pues Dios ha obrado maravillosamente, aunque por parte de las personas principales hayamos tenido grandes contradicciones, que os contaré ordenadamente á vuestra vuelta; ahora no conviene escribirlas. Muchos han recelado y aun recelan que me suceda á mí como á fray Bernardino (de Montefeltro, que fué desterrado porque predicaba contra las usuras). En cuanto á esto, es indudable que nuestras cosas no han dejado de correr algún peligro; pero siempre he esperado en Dios, sabiendo, como dice la Escritura, que el corazón del rey está en las manos del Señor, el cual le hace girar á donde quiere. Espero en el Señor, que por nuestra boca sacará gran provecho; pues todos los días me consuela, y cuando mi ánimo decae, me conforta, valiéndose de sus espíritus, que me dicen á menudo: «No temas, di con seguridad lo que Dios te inspira; porque el Señor está contigo; los escribas y fariseos combaten contra tí; pero no vencerán.» Por lo que á vos toca, alentad; pues nuestras cosas saldrán bien. No os disgusteis porque hayan acudido pocas personas á esta ciudad á oír los sermones; basta con haber dicho tales cosas á un corto número; en la semilla pequeña se oculta la gran virtud. Fray Julian y su hermana os saludan; esta última dice que no os asustéis, porque el Señor está con vos. Repetidas veces anuncio la renovación de la Iglesia y las tribulaciones futuras, no absolutamente, sino siempre con el fundamento de las Escrituras; de manera que nadie puede reprenderme, á no ser los que no quieren vivir con rectitud. El conde marcha aun adelante en la senda del Señor, y concurre frecuentemente á nuestros sermones. No me es posible enviar limosnas; pues dado caso que el dinero del conde haya venido, conviene por varios respetos aguardar todavía un poco. Procuraré hacer lo demás que me encargais. Soy breve, porque el tiempo pasa. Ponedme á disposición del padre prior, del lector, de fray Jorge, de fray Cosme, etc. Todos estamos buenos, especialmente nuestros ángeles, que se ofrecen á vos. Conservaos bueno, y rogad por mí. Espero ansiosamente vuestra vuelta, para poder contaros cosas maravillosas del Señor.

Florencia, á 10 de marzo de 1490.